

Acuerdo de Paz: el destape de la olla.

Tal vez muchos de nosotros estábamos convencidos que la violencia en Colombia recaía principalmente sobre el conflicto armado o sobre la guerrilla colombiana, por lo menos eso es lo que nos inculcaban (y aún continúan) los medios de comunicación tradicionales, por órdenes de no sé quién. Pero la vida es dinámica, las partículas se mueven y las mentes también. Los conceptos que antes percibíamos sólidamente como verdad ahora empiezan a tomar un matiz de falacia o desinformación. Una de las cosas positivas que tiene indudablemente el Proceso de Paz llevado a cabo en la Habana es que la verdad empieza a ser vista oficialmente por otros ojos, analizada por otros cerebros y en otras condiciones, por lo tanto a la luz del Sol toma otra tonalidad. Y esto nos hace ver que detrás del conflicto armado realmente reposa una bestia gigante que lo soportaba: la desigualdad social, la injusticia social, abandono del Estado en la mayor parte del territorio colombiano, la participación en la violencia de muchos otros actores antes no vistos, incluyendo a los mismos integrantes de los gobiernos y multinacionales, la falta de oportunidad, la escasez de verdadera institucionalidad, entre otros. Históricamente podemos ver además que la violencia ha sido suscitada todo el tiempo por las clases políticas (o polítiqueras) que ignorantemente ven a Colombia como su presa favorita y parece ser que la materialización en este mundo de esa bestia mencionada anteriormente se revela en los cuerpos de estos personajes, hasta tal punto que al observarlos físicamente lo que se ve en ellos es la miseria de pueblos enteros, el erario hurtado del vientre social y la ignorancia en su máxima expresión en medio del poder, es decir los verdaderos ingredientes para un país violento.

La irresponsabilidad de los gobernantes ante sus deberes políticos y sociales ha generado el conflicto armado, y esto junto con sus consecuencias ha traído más de 15 millones de desplazados con todas sus secuelas a corto y mediano plazo; esto significa casi la mitad de la población colombiana. Los diez intentos de los gobiernos de hacer procesos de paz nos dicen que la situación es compleja y por lo tanto debe ser tomada en serio no solamente por la clase política y el Gobierno sino esencialmente por la población colombiana.

Acudiendo a la expresión coloquial “la olla podrida” y refiriéndose a una situación en la que intervienen negativamente muchos actores y que generan todo un sistema perverso y letal, seríamos ingenuos al considerar que el estado actual político y social de Colombia no se asimila a una olla podrida: algo que siempre ha estado mal pero lo cubrimos para que no sea evidente. Pero algún día hay que arreglarlo, no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista. Afortunadamente el desbordamiento llegó con un Acuerdo de Paz y no con una guerra civil como también pudo haber sucedido. Pero ese Acuerdo de Paz, como lo pretende decir el título de este escrito, es apenas la expresión de todo un problema de fondo que existe y existió en Colombia por muchos más años que la misma guerrilla: la miseria social. Y es allí donde más debemos atacar el problema, de lo contrario volveremos a tapar la olla con otro conflicto armado y estaremos allí metidos culpando a la tapa de todos los males, como si no tuviésemos uso de razón.

Algunos puntos del Acuerdo abarcan problemas de fondo que hay que solucionar: las condiciones de la población rural. Si Colombia no es un país industrializado, ni tampoco es un país minero (los recursos no son explotados para el pueblo colombiano) nos queda una opción: ser un país agrícola, pero tampoco contamos con las condiciones para serlo, ni las condiciones para soportarlo: el 1% de los propietarios posee el 43% de las hectáreas rurales colombianas (según el DANE 2014). El Acuerdo de Paz tiene unos elementos muy prometedores que se espera tengan una real materialización, entre ellos erradicar la pobreza (no a los pobres, como se ha hecho hasta el momento) en la zona rural, reconociendo a esta como una de las causas de la producción ilícita de drogas que a su vez acarrea fortalecimiento de organizaciones criminales y al fin y al cabo violencia, entrando en un círculo vicioso “estable”: pobreza-ilegalidad-crimen-injusticia-brecha social-subdesarrollo. Otros puntos contemplan las consecuencias del mismo conflicto armado como la reparación de víctimas y cese al fuego, desde luego importantes para iniciar un proceso de paz.

Es también evidente, y esto es bien entendido a nivel mundial, que los medios de comunicación tienen un rol importante en el manejo político que se le da a un país. No podríamos negar que los medios de comunicación tradicionales colombianos han aportado de manera significativa al agravamiento de la violencia en Colombia y han sido el elemento principal de la radicación en las mentes colombianas de una violencia aún peor que la violencia armada: la violencia mediática. El lavado de cerebro en Colombia tiene un nivel más avanzado que el que se conoce popularmente, y significa *lavado de cerebro + embutido de desinformación*. Se espera que el elemento de participación política mencionado en uno de los puntos del Acuerdo se cumpla al pie de la letra para empezar a reprogramar las mentes colombianas que al fin y al cabo fueron víctimas pasivas del conflicto, este sería el punto de partida para construir un país en paz verdadera. Para ello también se necesita que el ciudadano colombiano empiece a comprometerse con su *autoconcientización* sobre el entorno en el cual vive y asuma la política (en el verdadero sentido de la palabra) como un elemento relevante en su vida, en la vida de su familia, de su ciudad y de su país.

Para erradicar completamente la violencia social, es necesario además desistir de la violencia interna que naturalmente surge en todo ser humano cuando se encuentra en un entorno de hambre, de injusticia y de escasa o nula oportunidad de surgir. Dicen por ahí que un país se conoce por sus vías, pero no solamente por el estado en que se encuentran, sino por la forma de relacionarse un conductor con otro. La misma violencia ha hecho que el colombiano promedio la asuma como un estado normal de su comportamiento: la intolerancia generalizada en todo el territorio colombiano se siente especialmente frente al volante, parece que todos fuésemos policías de tránsito, jueces y dioses ante los demás. Esto es notable asimismo en el entorno de vecindario: *mi hijo es hiperactivo y el del vecino es un maleducado*, y trasciende además en la violación de derechos fundamentales de libre expresión, de autodeterminación y de diversidad. Estas características sociales debemos erradicarlas y considero que el Acuerdo de Paz, como un sacudón, puede ser una oportunidad para reflexionar sobre este tema.

El Acuerdo de Paz, más que un acuerdo entre las FARC-EP y el Gobierno, es una única oportunidad en el tiempo para reflexionar sobre el país que los colombianos en medio de nuestra *ignocencia* hemos construido, y cómo podemos transformarlo científicamente, es decir de fondo y a largo plazo.

Ariel R. Becerra
Docente Facultad de Ciencias Básicas
Universidad de Pamplona, Colombia